

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL: EL PRIMER PRESIDENTE DE LA JAE

LUIS G. MARTÍNEZ DEL CAMPO¹
Institución Fernando el Católico

RESUMEN

La historiografía dedicada al estudio de la JAEIC ha resaltado con frecuencia la labor desarrollada por su secretario, José Castillejo, o por Francisco Giner de los Ríos como alentador e ideólogo de la misma. Sin embargo, poco se ha escrito sobre la influencia de Ramón y Cajal en la génesis y evolución de este organismo ministerial. Desde la presidencia de la Junta y apoyándose en la autoridad moral que le reportó su éxito profesional, el histólogo aragonés tomó parte activa en la gestión de dicha institución, siempre respaldado por una parte importante de la elite cultural española que se embarcó con él en el proyecto de europeizar la ciencia nacional. A su vez, hizo de mediador en conflictos internos y externos, ejerciendo, en varias ocasiones, de «escudo» frente a los ataques dirigidos a la JAE desde distintos sectores de la sociedad del momento. Así pues, su colaboración fue fundamental para legitimar y desarrollar la labor de un organismo que, a pesar de las adversidades iniciales, sobrevivió más de 30 años.

ABSTRACT

This paper attempts to show a part of Ramon y Cajal biography's that has not been researched by historiography yet. For 27 years, this Spanish scientist was the president of JAE, which became the most important Spanish scientific institution during the first part of the 20th century. In fact, Cajal used the moral authority derived from his professional success to lead the Spanish cultural elite.

Palabras clave: Ramón y Cajal, JAE, Instituciones científicas, España, Siglo XX.

Keywords: Ramon y Cajal, JAE, Scientific Institutions, Spain, 20th Century.

Recibido el 21 de mayo de 2008

Aceptado el 16 de septiembre de 2008

ISSN 0210-8615

Precisamente la principal labor de Cajal ha sido la de contribuir tanto como el que más a crear un medio intelectual científico en España, a fraguar aquí un ambiente científico.

UNAMUNO: «De los recuerdos de la vida de Cajal»².

La historiografía dedicada al estudio de la Junta para Ampliación de Estudios ha resaltado con frecuencia la labor desarrollada por José Castillejo, el omnipresente secretario, o de Francisco Giner de los Ríos, ideólogo y alentador de la misma. Sin embargo, poco se ha escrito, como ya señaló Leoncio López-Ocón, sobre la influencia de Cajal en la génesis y evolución de esta institución centenaria³.

Por supuesto, no fue el único que se preocupó por el problema de la enseñanza y reclamó una regeneración cultural para el país. No obstante, la «autoridad moral» que le reportó su éxito profesional le permitió influir en algunas reformas planteadas por diferentes dirigentes políticos y destinadas a mejorar el sistema educativo y científico español. Una de ellas sería la JAEIC, al frente de la cual estuvo durante veintisiete años⁴.

Desde la presidencia, Cajal tomó parte activa en la gestión de la Junta, siempre respaldado por una parte importante de la elite sociocultural española, que se embarcó con él en el proyecto de europeizar la ciencia nacional. A su vez, hizo de mediador en los conflictos internos, como, por ejemplo, el suscitado por la oposición a la cátedra de Sociología de la Universidad Central, y fue el escudo en el que chocaron las críticas proferidas contra dicha institución por algunos sectores de la sociedad del momento.

Sin duda, el primer presidente de la JAE no asumió ese puesto como un cargo meramente honorífico⁵. Su colaboración fue fundamental para legitimar y desarrollar la labor de un organismo ministerial que, a pesar de las adversidades iniciales, sobrevivió más de 30 años.

Así pues, a lo largo de estas páginas intentaremos analizar la biografía pública (léase política) del principal «protagonista de la ciencia» española y contextualizar su actividad en la sociedad que le tocó vivir⁶.

1. Los primeros años en Madrid

En abril de 1892 Cajal tomó posesión de la plaza de catedrático en la Facultad de Medicina de Madrid. De esta forma, este histólogo navarro-aragonés llegaba a la capital del Reino, el centro neurálgico de la política nacional. En aquella época, la obtención de una cátedra en la Universidad Central era la aspiración de la gran mayoría de los profesionales de la enseñanza superior. En definitiva,

era un reconocimiento que suponía, en ocasiones, el último paso del «cursus honorum» de un profesor universitario español⁷. Por esa razón, el nuevo catedrático de Histología de Madrid fue homenajeado en Zaragoza y Barcelona, al conocerse la noticia de su traslado⁸.

Recién llegado del «rincón provinciano», Cajal comenzó a asistir a las tertulias madrileñas, verdaderos centros de sociabilidad cultural y política de la época⁹. Así, se acercó a la del Café Levante, donde compartió mesa con médicos militares antiguos conocidos suyos. Sin embargo, fue «la peña del Café Suizo» en la cual disfrutó del arte de la conversación. En esa reunión diaria participaban propietarios, abogados, poetas bohemios, profesores, catedráticos, etc. Gracias a ella, tuvo contacto con los principales temas políticos del momento (entre ellos se habló de «pedagogía científica» y de las medidas «encaminadas a desterrar ... la incultura de nuestras tierras») y pudo participar en algunas de las movilizaciones regeneracionistas de finales de siglo¹⁰.

Pero la actividad social del nuevo catedrático madrileño no se limitó a la tertulia del Suizo. Además, se interesó en conocer a muchas de las «notabilidades nacionales» que residían en Madrid. Así, fue presentado a Castelar y frecuentó las clases en las que enseñaban Giner de los Ríos, Menéndez Pelayo o Nicolás Salmerón. También, coincidió con personas cuyo prometedor futuro estaba aún por escribir, como por ejemplo Pío Baroja¹¹. A esta lista de nombres habría que añadir los de sus compañeros en la Universidad: Alejandro San Martín, Julián Calleja, José Letamendi, Gómez Ocaña, etc.

De esta forma, Cajal fue poco a poco tejiendo redes sociales e introduciéndose en el ambiente intelectual de la capital. A su vez, continuó trabajando en sus investigaciones, que empezaban por aquel entonces a ser conocidas en el extranjero. De hecho, en febrero de 1894 fue invitado por la Royal Society londinense para dictar en francés la Croonian Lecture, que versó sobre *La fine structure des centres nerveux*¹². Algún tiempo después (en 1896), se le concedió el Premio Fauvelle (dotado con 1500 francos) de la Société de Biologie de París¹³.

Además, durante esos años fue nombrado miembro electo de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid (1895); así como de la de Medicina (1897)¹⁴. En 5 de diciembre de 1897 pronunció su famoso discurso de ingreso en la primera de estas dos instituciones, el cual llevaba por título *Fundamentos racionales y condiciones técnicas de la investigación biológica*. Este texto, que en 1899 se publicó como *Reglas y consejos sobre investigación biológica*, intentaba alentar a la juventud española para que emprendiera el duro camino de la ciencia¹⁵. Era, en cierta forma, su primera llamada de atención pública a valorar la investigación científica como una especie de misión patriótica. No obstante,

este escrito no incluía el plan de reforma educativa que posteriormente recogió, una vez revisado y ampliado por el propio Cajal¹⁶.

Así pues, este histólogo, que empezó a adquirir cierto renombre a final de siglo, no tomó parte activa en el debate público hasta el «Desastre» colonial, momento en el que científicos e intelectuales entraron repentinamente en las discusiones políticas.

2. 1898. Los intelectuales a escena

1898, como pone de manifiesto la historiografía especializada, es una fecha clave en el devenir histórico español. De hecho, la derrota ante los estadounidenses supuso un punto de inflexión para el Estado liberal restauracionista que, humillado militarmente y huérfano de padre¹⁷, se mostró débil ante el mundo y ante los propios españoles¹⁸. Los antiguos principios en los que se apoyaba dicho régimen se hundieron junto con la caduca flota española en aguas cubanas, desencadenándose «una aguda crisis de identidad nacional»¹⁹. Era el final de una época, en la que se había vivido de glorias pretéritas. Y, a su vez, era el inicio de un nuevo camino hacia la anhelada modernización. Así, lo entendían algunos que, como Santiago Ramón y Cajal, abogaron por olvidar un pasado, que los hechos situaron en la lejanía, y empezar a construir, con fe ciega en el progreso, el futuro de España con «trabajo y estudio»²⁰. Sus palabras nos recuerdan aquella famosa frase de Joaquín Costa, «doble llave a la tumba del Cid», y se unen a las numerosas peticiones que se dieron en aquellos años en este sentido²¹. Así dicen:

Se necesita volver á escribir la Historia de España para limpiarla de todas esas exageraciones con que se agiganta á los ojos del niños el valor y la virtud de su raza. Mala manera de preparar á la juventud al engrandecimiento de su patria, es pintarle ésta como una nación de héroes, de sabios y de artistas insuperables (sic.)²².

A partir del «Desastre», la posición de los intelectuales pasó a desempeñar un papel clave en el devenir de la política española de principios de siglo XX. La «endebles» opinión pública, incapaz de manifestarse a través de los cauces de participación establecidos por el régimen bipartidista y víctima del desconcierto generalizado, volvió la mirada a la inteligencia nacional en busca de soluciones²³. Escritores, profesores, científicos y eruditos de toda índole, apoyados en la «autoridad moral»²⁴ que les reportaba su prestigio profesional, no dudaron en poner de manifiesto «los males de la patria»²⁵. De esta forma, los intelectuales se convirtieron en «guías éticos y políticos de la opinión de una colectividad»²⁶ y encabezaron una reacción patriótica encaminada a la regeneración del país²⁷.

Era el «nacimiento del poder intelectual»²⁸, el cual influyó, paulatinamente con más fuerza, en la elección del camino a seguir en el futuro. De esta forma, las elites académicas y profesionales, que, durante el siglo XIX, habían limitado principalmente su campo de acción a los espacios que les eran propios (ateneos, academias, claustros universitarios, etc.) recurrieron a todos los medios que estaban a su alcance para hacerse oír²⁹. A partir de entonces, el artículo periodístico y también el ensayo (que se asentó en aquella época en territorio español) se convirtieron en los mejores instrumentos de una elite cultural que reclamaba su parcela en el terreno político y social³⁰.

No obstante, el 98 no hizo de los intelectuales «un grupo social definido»³¹, pero les introdujo en el debate político, que tuvo como gran tema la reforma de la enseñanza. Hasta ese instante, sólo emplearon la prensa o se dirigieron a los gobernantes y a la opinión pública para denunciar injusticias cometidas contra personas, con las cuales tuvieron lazos de amistad, vínculos ideológicos o intereses corporativos³².

Cajal, conmocionado por los sucesos de la guerra, estuvo junto a aquellos intelectuales (denominación que empezó a utilizarse con un nuevo significado en esa época) que, a través de sus artículos y acciones políticas, se posicionaron a favor del movimiento regeneracionista.

¿Sería un error calificar de «intelectual» (en el sentido moderno del término) al científico aragonés? Si nos fijamos en la definición del término que propusieron Ory y Sirinelli³³, deberíamos preguntarnos por la dimensión social y pública de Cajal. Ciertamente es que, en ocasiones, se mostró reacio a participar activamente en la política, aunque, como veremos, esta postura parece más un subterfugio que un desinterés real por estas cuestiones. Sin duda, este catedrático de histología opinó sobre temas de actualidad en la prensa de la época y planteó diversos planes de actuación en pro de la regeneración nacional. No obstante, sus valoraciones y propuestas, tenían que ver, por lo general, con asuntos que conocía sobradamente (educación, investigación, ciencia, etc.). Además, a pesar de mostrarse, alguna vez, muy crítico en sus manifestaciones públicas, siempre buscó el entendimiento con el poder, sobre todo en su etapa como presidente de la JAE.

Sea como fuere, lo que nos interesa es resaltar que formó parte de ese ambiente intelectual (con el que coincidió, como estamos viendo, en ciertos aspectos) y se solidarizó con muchas de las reivindicaciones de esos años³⁴. Ciertamente es que no tardó en distanciarse de las campañas políticas emprendidas por los intelectuales³⁵ y en retomar su actividad científica. Pero, a pesar de ello, tuvo tiempo para exponer sin tapujos que el futuro de España pasaba por una reforma del sistema educativo que permitiera elevar el nivel cultural patrio a la altura de las que

entonces se conocían como «Naciones cultas»³⁶. Así, desde las páginas de *El Liberal*, propuso un plan de actuación:

Desviar hacia la Instrucción Pública la mayor parte de ese presupuesto, hoy infructuosamente gastado en Guerra y Marina. Con sólo que España entera gastara lo que consagra París á la enseñanza, daríase un gran paso en el camino de nuestra regeneración. Pues sabido es que los hombres de ciencia superiores no se producen en gran número, sino en las naciones cuyo nivel medio de instrucción es relativamente elevado, y este nivel sólo se logra obligando, suceda lo que quiera, al egoísmo de los padres á aceptar la enseñanza obligatoria, literaria y científica, en sus grados ínfimos (sic)³⁷.

Y todavía fue más allá y reclamó un sistema de pensiones, que años más tarde puso en funcionamiento la JAE:

Crear en todas las carreras varias becas ó plazas, sacadas anualmente á oposición y convenientemente dotadas y destinadas á sufragar, durante dos o tres años, los estudios experimentales en el extranjero, de los alumnos más aventajados en Medicina, Ciencias, Farmacia, Ingeniería. Estos alumnos tendrían la obligación de traer á la vuelta á su patria, un trabajo original sobre un tema científico, y de ellos, mediante ciertas condiciones, que no hay que puntualizar ahora, debería salir el profesorado universitario (sic.)³⁸.

Las palabras de Cajal, que remitían a las medidas anticipadas y defendidas por destacados institucionistas³⁹, tuvieron cierta repercusión en otros periódicos de la época⁴⁰ e «ideas no muy diferentes encontraron eco en las Cortes»⁴¹. El futuro premio Nobel hablaba de educar a las elites sociales para engrandecer la Nación española. Él sostenía que:

Una nación puede ser próspera y colaborar brillantemente en la obra de la civilización aunque el pueblo se mantenga en la ignorancia⁴².

Por ello, haciendo gala de una postura política aristocrática, Cajal sugería lo siguiente: «Aspiremos, pues, no a suprimir el cacique, sino a educarlo y mejorarlo»⁴³. No se llamaba a la revolución, sino a un cambio desde arriba, el cual podía aceptar la elite liberal.

Más adelante, este científico aragonés pudo llevar a la práctica algunas de las ideas que había defendido, como aquellas que se concretaron en la fundación de la JAE. Pero para ser tomado en consideración por políticos y gobernantes, su imagen pública debía sufrir antes una metamorfosis.

3. Metamorfosis. El tránsito a una posición de autoridad

La transformación comenzó a producirse cuando fue invitado por una Universidad del país enemigo (U. S. A.) en junio de 1899. Sorprendido, consultó «el caso con el ministro de Fomento, Marqués de Pidal». Lejos de lo que cabría esperar, «el Gobierno, los amigos y hasta la prensa política» aconsejaron a Cajal que aceptara el ofrecimiento, como así hizo⁴⁴. Este viaje, que fue subvencionado por el Estado, fue entendida como una pequeña victoria moral.

A partir de entonces, la prensa española le convirtió en «una especie de héroe científico»⁴⁵ o, como diría de él poco tiempo después su amigo Federico Olóriz, en el «héroe de la voluntad consciente y reflexiva»⁴⁶. Dicha imagen fue reforzada por los premios internacionales que recibió en los primeros años del siglo XX (el Premio de Moscú, la Medalla Helmholtz y el Premio Nobel) y los homenajes de todo tipo de los que fue objeto en España (como, por ejemplo, la Gran Cruz de la Orden civil de Alfonso XIII)⁴⁷. En una época de confusión política, las victorias científicas de Cajal le reportaron una popularidad que, a su vez, le otorgó una posición de fuerza a sus opiniones frente a la debilidad atribuida a unos políticos que habían llevado a una humillante derrota a la Nación.

En 15 de noviembre de 1903, un artículo de Manuel Carretero publicado en *Alma Española* incluía ya al «ilustre médico, tan respetado en el extranjero como en nuestra España,» entre las «Celebridades» patrias⁴⁸. En 1907, quince años después de llegar a Madrid, este catedrático no necesitaba presentación. Como decía su compañero Federico Olóriz, en su respuesta al discurso de ingreso de Cajal en la Academia de Medicina:

Nombre tan glorioso como el suyo no ha menester heraldos que lo pregonen ni panegiristas que lo ensalcen, pues no merecería hoy el título de biólogo el sabio de cualquier país que no lo conociera, ni podría calificarse de ilustrado el español de cualquier profesión que no lo proclamara con patriótico entusiasmo⁴⁹.

Sin duda, sus juicios, sobre todo en materia científica y educativa, se revistieron de una «autoridad moral» incontestable, la cual alcanzó sus cotas más altas con la concesión del Nobel⁵⁰.

Debemos detenemos para explicar sucintamente lo que entraña este concepto, que nos remite en cierta forma al mundo de las emociones⁵¹. La autoridad de una persona depende de la percepción que tienen de ella los demás, los dominados; o lo que es lo mismo, de la seguridad o el temor que el dominador les trasmite o hace sentir. Para su existencia deben darse imágenes de fuerza y de debilidad, que, como hemos venido explicando, tuvieron lugar tras «el Desastre» colonial. Así pues, Ramón y Cajal, que fue presentado a la opinión pública como una «gloria nacio-

nal» en una época de crisis, detentaría una autoridad «carismática», es decir, derivada de sus cualidades, de su éxito profesional o, mejor dicho, de la imagen que éstas le reportaron⁵². Sea como fuere, lo cierto es que este ilustre médico dispuso de una capacidad de persuasión sin parangón en la sociedad española del momento. Aconsejó en vez de mandar y fue escuchado en lugar de tener que hacerse oír.

Como consecuencia de lo anterior, durante esos años, Cajal acumuló varios cargos en la burocracia del Estado. Así, en 1900 fue nombrado consejero de la Dirección General de Instrucción Pública⁵³, tras desempeñar un encargo ministerial⁵⁴, y casi al mismo tiempo era designado Director del Instituto Nacional de Higiene de Alfonso XIII, que había fundado Cortezo Prieto. Años más tarde, fue elegido senador por la Universidad Central de Madrid, después de una votación que ponía de manifiesto el respeto y admiración de sus compañeros⁵⁵. Por R. D. de 14 de febrero de 1910, pasó a ser senador vitalicio con carácter gratuito, ocupando la plaza vacante por el fallecimiento de Plácido Jove y Hevia, Vizconde de Campo Grande⁵⁶.



Premio Nobel de Medicina en 1906, compartido con Camillo Golgi
[Gaceta Médica Española, 98, nov. 1934, p. 71]

Además, las reformas defendidas por el sabio aragonés, comenzaron a hacerse realidad. Antes de 1907, los ministros García-Alix (1901), el conde de Romanones (1902) y Allende-Salazar (1903) fomentaron mediante diferentes decretos el pensionado de estudiantes y profesores universitarios en el extranjero. Se estaba dando un primer paso en la reforma de la enseñanza. La clase política comprendió que debía sustituirse el entonces vigente «modelo burocrático-administrativo» de Universidad (que había sido consagrado por los liberales moderados) por otro más cercano al humboldtiano, es decir, más científico, autónomo y descentralizado⁵⁷. Y, a su vez, había que reeducar al profesorado rompiendo el aislamiento nacional en el ámbito científico.

En 1906, coincidiendo con el punto más alto de la popularidad de Cajal, Segismundo Moret ofreció la cartera ministerial de Instrucción Pública al laureado científico, quien dialogó con el presidente de «algunas reformas encaminadas a desprezear la Universidad española de su ancestral letargo». Concretamente, le expuso la necesidad de:

la contrata, por varios años, de eminentes investigadores extranjeros; el pensionado, en los grandes focos científicos de Europa, de lo más lucido de nuestra juventud intelectual, al objeto de formar un vivero del futuro magisterio; la creación de los grandes Colegios, adscritos a Universidades, con decoroso internado, juegos higiénicos, celosos instructores y demás excelencias de los similares establecimientos ingleses; la fundación, en pequeño y por vía de ensayo, de una especie de Colegio de Francia, o centro de alta investigación, donde trabajara holgadamente lo más eminente de nuestro profesorado y lo más aventajado de los pensionados regresados del extranjero...⁵⁸.

Sin embargo, Cajal olvidó el entusiasmo inicial que le llevó a aceptar esa proposición y acabó rechazando el puesto. Mas eso no le impidió ponerse al frente de la reforma proclamada en la cita anterior⁵⁹. Así, en 11 de enero de 1907, su amigo Amalio Gimeno, Ministro de Instrucción Pública, creó la JAE⁶⁰. La elección del presidente se produjo el día 15 de ese mes. Santiago Ramón y Cajal y José Echegaray, premio Nobel de Literatura en 1904, eran dos de los españoles más reconocidos internacionalmente en esa época⁶¹. Por ello, no debe extrañarnos que a la hora de elegir el presidente de la Junta (sin duda, el proyecto pedagógico más importante del primer tercio de siglo XX)⁶² sólo había «dos nombres que estaban en la conciencia de todos: los señores Echegaray y Cajal»⁶³. Finalmente fue el segundo quien se puso al frente de una institución fundada con la finalidad de incentivar la investigación científica y la educación, en las que, en cierta forma, se debía apoyar la Nación para su regeneración.

4. El primer presidente de la JAE (1907-1934)

Yo personalmente quiero añadir que en más de un cuarto de siglo de convivencia y de trabajo a sus órdenes no me queda el recuerdo ni de un solo disgusto ni una sola intervención de su parte que no fuera inspirada en los más nobles deseos de acertar en la reconstrucción científica del país que él anunció con certera visión y fuerte colorido, en sus publicaciones. La devoción filial y el respeto a la fuerza de su talento crecieron al pasar los años y cuando en los últimos lo he visto envejecer, aunque sin marchitarse su espíritu, y luego despedirse, he experimentado la sensación de perder a un padre y a un guía. No sé si triunfaremos en nuestro deseo de continuar su obra; pero en todo caso la empresa no será nada fácil⁶⁴.

Si tuviéramos que elegir la personalidad más sobresaliente en la gestión de la JAE, nadie diría otro nombre que no fuera el de José Castillejo. Sin embargo, el omnipresente secretario no actuó solo. Sus palabras recogidas en la cita que precede a estas líneas nos dan noticia de ello y nos remiten a la labor de Cajal como una especie de arquitecto del edificio de la ciencia española, si se me permite este símil.

Según Castillejo, la función del primer presidente de la Junta fue parecida a la de «un padre» o «un guía». La interpretación del catedrático de Derecho romano no podía ser más acertada. De hecho, el médico aragonés fue un líder carismático en la sociedad que le tocó vivir. «El respeto» que generó «la fuerza de su talento» le permitió guiar y legitimar algunas de las iniciativas (entre ellas la JAE) encaminadas a la regeneración del país a través del progreso científico. Por eso mismo, como presidente de la Junta, dirigió personalmente (casi siempre ayudado por el secretario) las relaciones de dicho organismo con la clase gobernante española.

A su vez, también actuó como «un padre», erigiéndose intermediario en los conflictos internos que se produjeron en el seno del complejo científico que presidía. Además, el desarrollo de esta faceta paternal le llevó a defender la autonomía de la Junta de las injerencias políticas y de los ataques constantes de los sectores conservadores. Pero, sobre todo, Cajal «fue un ejemplo vivo de lo que debía ser un investigador»⁶⁵. Así, consiguió constituir su propia escuela histológica, sirviéndose para ello de los centros de investigación dependientes de la JAE.

Ésta fue, a grandes rasgos, su contribución a un proyecto encaminado a seleccionar y formar una elite cultural en España equiparable a la de otros Estados europeos. En los últimos años de su vida, el sabio aragonés sintetizó los logros de la labor de la Junta de la siguiente manera:

Conservo, a pesar de todo, mi optimismo, porque advierto complacido los triunfos de una nueva generación intelectual, a cuya formación ha contribuido poderosamente la Junta con sus clarividentes y fecundas iniciativas. Precisamente por ser autodidacto y haber sufrido por ello un retraso cultural de muchos años, aprecio

en todo su valor la obra de la Junta, consagrada a velar por el desarrollo espiritual y acertada orientación de los jóvenes talentos, que no se perderán ya como hace 30 años en las tinieblas de la rutina y de la insuficiencia educativa⁶⁶.

Desde luego, resumir esas casi tres décadas de presidencia en estas pocas páginas, nos obliga a ser muy selectivos y a dar muchas cosas por supuestas o conocidas. Por ello, me limitaré a destacar algunos ejemplos que considero de cierto interés.

4.1. Un guía de la política científica. Cajal y los gobernantes españoles

Sentimos además un profundo agradecimiento a la asistencia que usted ha prestado a la obra de la Junta y a que, no sólo su nombre sino su inspiración y las ideas que usted ha sembrado sigan fecundando nuestro trabajo⁶⁷.

El concurso de Cajal en el proyecto reformista de la JAE fue necesario e imprescindible. Sin intención de realizar historia contra-factual, cabría preguntarse si dicha institución habría sobrevivido no estando un personaje como él al frente. De hecho, «fue, tras Castillejo, la personalidad que más hizo por el mantenimiento» del citado complejo científico y educativo⁶⁸. Como ya hemos ido exponiendo, el flamante premio Nobel estuvo entre los intelectuales que reclamaron una serie de medidas gubernamentales que reformaran y fomentaran el desarrollo de la enseñanza superior y la investigación. En cierta forma, la JAE es fruto de sus propuestas, que, lejos de ser únicas y originales⁶⁹, se apoyaban en su popularidad y en la «autoridad moral» que se derivó de ella.

El programa de regeneración científica respaldado por el sabio aragonés fue asumido por los Ministros de Instrucción Pública (salvo excepciones), los cuales crearon y apoyaron un «organismo neutral» y, teóricamente, autónomo⁷⁰ encargado de esa tarea. Sin embargo, en la práctica la JAE dependió de las actitudes y decisiones gubernamentales. Cajal, consciente de esta circunstancia, intentó guiar lo mejor posible las relaciones de dicha institución con los poderes públicos. Para ello, no perdió el contacto con los líderes políticos de la época y se mostró siempre partidario del entendimiento con los diferentes ejecutivos. Además, siguió influyendo en la opinión pública a través de las valoraciones que realizó, ocasionalmente, en la prensa sobre algunas decisiones legislativas⁷¹.

Y es que siguió disfrutando de un prestigio excepcional durante toda su vida, el cual muchos quisieron utilizar con fines políticos⁷². La posición de fuerza que ocupó no sólo le permitió llevar a cabo una parte importante de su ideario educativo, sino que «protegido con la aureola de su personalidad» rara vez fue criticado o atacado por el poder⁷³.

No obstante, la JAE no fue objeto del mismo respeto. De hecho, a lo largo de su existencia recibió un trato desigual por parte de los distintos ejecutivos que se fueron sucediendo al frente del Estado español⁷⁴. Como han señalado varios autores, los primeros años de vida de este «proyecto ideológicamente —aunque no partidista— liberal» fueron especialmente complicados⁷⁵. La actitud del Ministro de Instrucción Pública, Faustino Rodríguez San Pedro, frenó la actividad de una institución que volvió a nacer tras la caída del gobierno conservador de Maura.

A partir de 1909, se dio un contexto político más propicio para que los responsables de la Junta pudieran llevar a cabo la labor que les fue encomendada. Y es que los liberales favorecieron en lo posible las actuaciones de este organismo, que empezó a florecer a la altura de 1910. De esta forma, se crearon los primeros centros de enseñanza e investigación dependientes de la JAE. Además, profesores, estudiantes e investigadores comenzaron a salir al extranjero, gracias al sistema de pensiones⁷⁶.

Una evidencia de la sintonía de los poderes públicos con la labor de de la JAE fue la reunión que mantuvo el rey Alfonso XIII con alguno de sus miembros en 14 de enero de 1913. Al día siguiente, la prensa de todo el país se hacía eco de la noticia: «Los republicanos en Palacio». Esos «republicanos» de los que hablaban el *ABC*, el *Heraldo de Aragón* y otros periódicos eran Azcárate (vocal de la JAE), Cossío (ideólogo de la misma), Castillejo (secretario) y Ramón y Cajal (presidente). Como se desprende de las declaraciones recogidas en los diarios, quedaron impresionados de la voluntad del monarca de reformar la educación. Así lo explicaba Cossío refiriéndose a Alfonso XIII:

Es muy sugestivo y demuestra un vivo deseo de saber y levantar el nivel intelectual de España. Los viajes al extranjero dice que le han enseñado muchas cosas. En sus observaciones se advierte que se preocupa y conoce el problema pedagógico. Yo le hice observar que las reformas que he expuesto no darían resultado inmediato. Se iniciarían para que recogiesen el fruto luego, mucho más tarde, acaso nuestros nietos. Y el Rey me contestó: Lo sé; pero quiero tener la tranquilidad de haber puesto la primera piedra...⁷⁷.

Después llegó el turno de Cajal y Castillejo que tuvieron una conversación con el monarca de «carácter exclusivamente científico, en relación, de un modo directo, con la Junta Superior de Estudios y Pensiones, cuya organización deseaba conocer el Rey en forma minuciosa». Es decir, la reunión se centró en el funcionamiento de la JAE y de otras instituciones encaminadas a modernizar la enseñanza española. En esa dirección apuntaba el histólogo aragonés:

Hemos hablado del método histórico de elevación científica y cultural, basado en la imitación, en el ejemplo, en el contagio de los gérmenes que escapan de las

cabezas geniales, fijándonos en casos como el del Japón, caso representativo de sistemática, pero intensiva y extensiva inoculación de la ciencia europea; sin olvidar Estados Unidos, Chile, Rumania, etc. Esos procedimientos darían iguales resultados en España. Discurrimos sobre los órganos sociales encargados de nuestra reconstrucción, señalando instituciones como la Junta de pensiones y el Patronato de ingenieros y obreros⁷⁸.

Cajal salió esperanzado de aquella reunión, que resumió diciendo: «Me place que el Rey participe de mi creencia de que no es la nuestra una raza agotada, sino ineducada».

El último que visitó el Palacio Real fue Azcárate, quien trató diferentes temas en su reunión, uno de ellos la instrucción: «Consultóme luego D. Alfonso acerca de las materias de enseñanza, y se mostró orientado en sentido liberal»⁷⁹.

Las relaciones de los miembros de la JAE con los poderes públicos no se limitaron a este encuentro con el monarca, sino que fueron mucho más intensas y difíciles de resumir en el escaso espacio del que disponemos. No obstante, no dejaremos pasar por alto los contactos que tuvieron que mantener los responsables del citado organismo con el Directorio Militar que gobernó el país a partir de 1923. El espíritu autoritario del nuevo régimen no presagiaba buenos augurios. De hecho, distintos decretos fueron cercenando la autonomía de la JAE, que llegó a parar su actividad durante algún tiempo⁸⁰. El final del proyecto parecía estar cerca. Pero, no fue así.

Aunque la dictadura puso numerosas trabas a la labor de la «Junta de Pensiones», las gestiones de sus responsables (principalmente, de Castillejo y Cajal) consiguieron superar los impedimentos que iban surgiendo⁸¹. Un ejemplo de esta afirmación, lo tenemos en el caso Rafael Lorente de Nó. Todo empezó cuando este joven médico aragonés fue invitado por el Dr. Robert Bárány (quien había obtenido el premio Nobel de Medicina en 1914 por sus investigaciones sobre el aparato vestibular) a trabajar con él en los laboratorios de la Universidad de Upsala (Suecia).

A principios de diciembre de 1923 dicho profesor vino a España a impartir una serie de conferencias en Zaragoza y Madrid. A esas charlas asistió Lorente de Nó, quien tuvo ocasión de hablar con él⁸². El sabio austriaco quedó impresionado de sus conocimientos y preparación, ofreciéndole participar en las investigaciones que estaba llevando a cabo en Suecia. El joven licenciado suplicó la ayuda de la Junta, ya que todavía no había realizado el servicio militar. Cajal no lo dudó y en la noche de 20 de diciembre fue a la Presidencia del Directorio Militar con el fin de obtener un permiso especial del Jefe del Gobierno para su discípulo⁸³. Tras esta visita, se le concedió autorización para viajar al extranjero⁸⁴. Pero ahí no acabó todo. El primer presidente de la Junta se encargó de que se le

concediera una pensión que le permitiera dedicarse completamente a sus trabajos con el citado doctor austriaco⁸⁵.

Años más tarde, cuando Lorente de Nó anunciaba a Cajal su traslado definitivo a Estados Unidos, el maestro le recordaba los «enormes sacrificios» que la «Junta de pensiones» había hecho para que «se librara del servicio militar y pudiera adquirir una formación científica completa». El discípulo, que sabía a quien debía estar agradecido, le respondió matizando su afirmación: «Cierto es que la Junta y España o por mejor decir Usted ha hecho mucho para que yo alcanzase una buena formación científica...»⁸⁶.

Así pues y aunque la dictadura supuso un freno a la actividad de la Junta, Cajal y Castillejo, que discutieron sobre la estrategia a seguir antes de algunas reuniones plenarias⁸⁷, realizaron grandes esfuerzos para mantenerla viva y en funcionamiento durante esta época. Lo cierto es que la popularidad del histólogo aragonés contribuyó decisivamente a legitimar un organismo que ideológicamente estaba vinculado a la I. L. E⁸⁸, circunstancia que fue utilizada por sectores católicos y conservadores para criticar a la JAE. Don Santiago respondió con serenidad a las protestas que surgieron en sus años de presidencia, siendo «la gran pantalla en la que chocaron tantos ataques a la Junta»⁸⁹. Su liderazgo fue reconocido, no sólo por los integrantes del citado complejo científico, sino también por los gobernantes españoles, que en 24 de mayo de 1926 emitieron un Real Decreto confirmándole en su cargo⁹⁰.

Indudablemente, los integrantes de la Junta se sintieron más cómodos en la época de la II República. No olvidemos que importantes figuras del régimen republicano (por ejemplo, Manuel Azaña) fueron pensionados o tuvieron una relación con dicha institución. A su vez, la avanzada edad de Cajal hizo que poco a poco se fuera alejando de la gestión de la JAE, la cual quedó a cargo de los que hasta entonces habían sido sus compañeros y colaboradores.

4. 2. El padre y el defensor

El primer presidente de la JAE ejerció su puesto como un «padre» comprensivo, que entendió las circunstancias de todos sus «hijos» y desarrolló una función de mediador en los conflictos entre ellos. Pero, además, fue un escudo que defendió y sostuvo la JAE frente a las numerosas críticas de las que fue objeto. Sin duda, Cajal tuvo que intervenir para paliar los efectos que los citados ataques generaron y para solventar los problemas internos que surgieron en el camino. Desde luego, sería imposible relatar sucintamente todos los asuntos en los cuales tuvo que tomar parte, así pues nos limitaremos a desarrollar algún ejemplo representativo de esta faceta del sabio aragonés.

Tal vez, el enfrentamiento más grave desatado entre los miembros de la Junta tuvo lugar con ocasión de unas oposiciones a la cátedra de Sociología de la Universidad Central en 1916. Al citado concurso concurren José Castillejo y el ultra-católico zaragozano Severino Aznar. Este último consiguió la plaza gracias al respaldo de un tribunal formado por personas afines a él (concretamente, Miguel Asín y Palacios, Alberto Gómez Izquierdo y Eduardo Ibarra)⁹¹. El resultado iba a provocar un nuevo conflicto entre institucionistas y católicos, pero esta vez en el seno de la JAE.

Poco tiempo después, el asunto trascendió a la prensa, lo cual dejaba en mal lugar a Asín (quien participaba en el C. E. H.)⁹². Como consecuencia de ello, Julián Ribera (que era vocal de la JAE, colaborador del C. E. H. y amigo personal del injuriado) se carteo con Castillejo con el fin de calmar la situación. No obstante, Ribera y Miguel Asín renunciaron a todos sus cargos en el complejo institucional de la Junta, lo cual comunicaron por carta a Santiago Ramón y Cajal. La misiva de Ribera⁹³ introdujo al histólogo aragonés en el enfrentamiento, el cual intentó solucionar discretamente mediante el aparato institucional de la Junta.

De esta forma, en 7 de octubre de 1916, Castillejo escribía a Cajal pidiendo perdón por sus posibles errores y poniendo su cargo a disposición de la Junta. El presidente decidió tratar el asunto en la Comisión Ejecutiva, donde se le pidieron explicaciones al secretario, quien entregó la correspondencia que había mantenido con Ribera a su «jefe» (así llamó a Cajal, en alguna ocasión.). El sabio aragonés decidió trasladar el asunto a la Junta Plenaria. Así, en la sesión de 14 de noviembre de 1916 (a la cual no asistió Castillejo), las actas recogían lo siguiente:

Se dió (sic.) cuenta de la dimisión del cargo de vocal presentada por el Sr. Julián Ribera Tarragó y se acordó designar a los Sres. Azcárate, Carracido y Menéndez Pidal para que hablen con el Sr. Ribera a fin de manifestarle el sentimiento que causa a la Junta su determinación y rogarle que no prive a la misma de su concurso que ha sido siempre tan valioso⁹⁴.

Al día siguiente, Cajal remitía una carta a Ribera, en la cual le explicaba que no iba a visitarle a causa de su enfermedad, pero que en su lugar lo haría una comisión. Además le recordaba su obligación para con la cultura patria, diciéndole:

Yo quiero además personalmente reiterar a usted mi ruego de que ponga por encima de todo los intereses del país y de la cultura y no vacile en continuar la colaboración en esta obra. Las indicaciones que usted nos hiciera sobre sus defectos serían aliciente para mejorarla: el apartamiento de usted será por el contrario división y debilitamiento de las pocas fuerzas serias y eficaces con que el país cuenta (sic.)⁹⁵.

La comisión y la afectuosa carta de Cajal consiguieron convencer a Ribera para que retirara su dimisión. Sin embargo, la acción conjunta del presidente y

A LOS MIEMBROS DE LA JUNTA NACIONAL ⁴⁰
PARA EL HOMENAJE A CAJAL

Sr. D. José Castillejo

Estimado amigo:

Al constituirse la Junta Nacional de que usted forma parte, quedó encargado el Comité ejecutivo que suscribe de llevar a la práctica el proyectado homenaje al ilustre profesor D. Santiago Ramón y Cajal en la forma convenida, con arreglo a la cuantía de lo que se hubiera recaudado mediante la suscripción nacional todavía abierta, y dando prelación a algunos acuerdos fundamentales, entre ellos la PUBLICACIÓN DEL LIBRO EN HONOR DE D. SANTIAGO, la de las OBRAS ESCOGIDAS Y AGOTADAS del Maestro, y la erección de un MONUMENTO.

La recaudación de la suscripción nacional no ha sido, fuerza es confesarlo, muy considerable. Hemos llegado apenas a las 125.000 pesetas, de las cuales hay actualmente en caja, en la cuenta corriente del Banco Urquijo, pesetas 84.700.

El Comité tiene el honor y la satisfacción de comunicar a usted y a la Junta que acaban de salir de la imprenta y de distribuirse a las librerías los DOS TOMOS, de más de 600 páginas cada uno, que contienen los trabajos científicos de los discípulos y admiradores de Cajal y que constituyen, conforme al acuerdo de la Junta Nacional, uno de los actos fundamentales del homenaje.

La edición, de mil ejemplares, comprendidos los dos lujosamente encuadernados en piel entregados a S. M. el Rey y a D. Santiago, ha importado en conjunto la cantidad de 32.139 pesetas, que ya se ha hecho efectiva.

Y, por fin, el Comité ha adjudicado al escultor D. Victorio Macho la ejecución del admirable proyecto de Monumento que con el nombre de «Fuente de Cajal» será emplazado en uno de los más bellos rincones del Parque del Oeste de Madrid. El contrato con el escultor señor Macho ha sido firmado el día 7 del corriente, y el Comité tiene el gusto de comunicar a la Junta

los miembros de la Junta, sólo retrasó la decisión del arabista. De hecho, éste, que siguió carteándose con Castillejo por el mismo asunto⁹⁶, comunicó al Ministro del ramo su renuncia como vocal, que fue aceptada a mediados de noviembre de 1917. Finalmente, Ribera fue sustituido por Augusto Pi Suñer.⁹⁷

Además de conflictos internos, Cajal tuvo que enfrentarse a las acusaciones de excesivo centralismo que se hicieron contra la JAE desde Barcelona, con motivo del II Congreso Universitario Catalán de 1918. El propio presidente respondió a las mismas a través de una carta (reproducida por J. M. Sánchez Ron [1999, págs. 197-199]), en la que les transmitió sus «aspiraciones personales», delimitó las funciones de la Junta y culpó a los políticos del escaso apoyo con el contaban las Universidades españolas. Ésta no fue la única crítica que se dirigió contra la institución presidida por Cajal. De hecho, ese mismo año el histólogo aragonés tuvo que intervenir en un Claustro extraordinario convocado en la Universidad de Madrid con la finalidad de expulsar a los catedráticos que participaban en el proyecto de la Junta. Su presencia y sus palabras bastaron para decantar la votación a favor del citado organismo ministerial⁹⁸.

Estos ejemplos son sólo una parte de las intervenciones del primer presidente de la JAE, aunque nos dan idea del fuerte compromiso que demostró este hombre con el proyecto reformista representado por dicha institución.

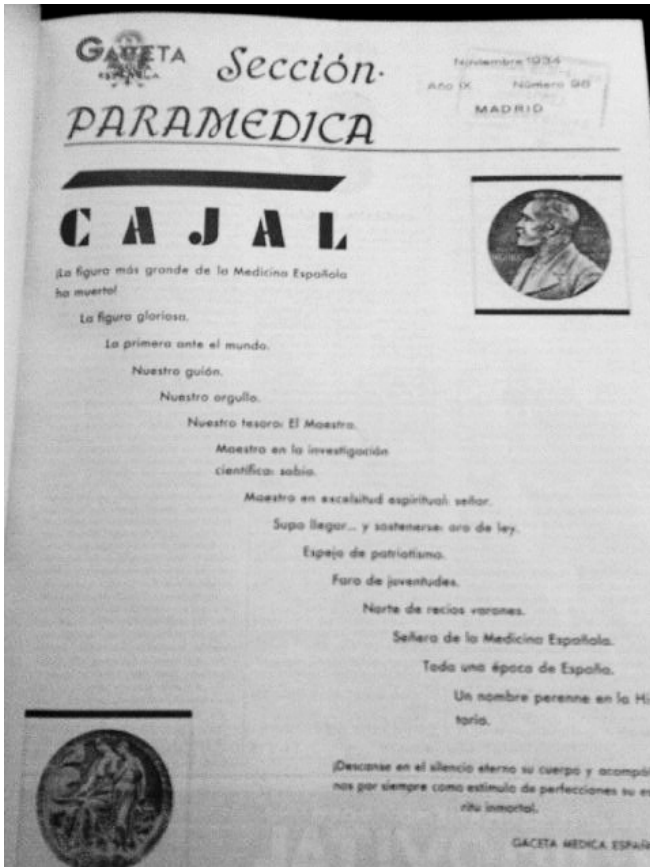
5. Conclusiones

Santiago Ramón y Cajal fue un personaje principal en la política científica del Estado español a principios de siglo XX. Los numerosos premios que obtuvo a lo largo de su vida, le convirtieron en un ejemplo a imitar y le reportaron una popularidad inusual para un médico. Y es que sus logros científicos fueron asumidos como victorias colectivas por los españoles. Su prestigio profesional y la autoridad moral que se derivó de éste legitimaron una serie de reformas, siendo la JAE la más importante de ellas, encaminadas a europeizar la cultura nacional. Como presidente de la «Junta de Pensiones» (como él solía llamarla), intervino en la selección de la elite cultural española (de hecho, informó sobre la conveniencia de la concesión de distintas pensiones) y participó activamente en la política científica y pedagógica de dicha institución.

Por último, quisiera terminar reproduciendo un pequeño fragmento del acta de la sesión de la Junta Plenaria, en la cual se daba cuenta del fallecimiento del histólogo aragonés y Castillejo recordaba emocionado a su «jefe». Así decía:

El señor Menéndez Pidal manifestó que después de despachados los asuntos urgentes tenía que dar cuenta de la dolorosa pérdida del Presidente de la Junta falle-

cido el día 17 de octubre pasado (...) El Secretario recordó, con la maor emoción, como notas típicas de la personalidad del Doctor Ramón y Cajal, aparte de su inmensa obra científica, la plena dedicación a esa primordial actividad [se refiere a su labor como presidente de la JAE], rechazando todos los requerimientos para funciones públicas que por su gran talante habría desempeñado brillantemente; y su austeridad escrupulosa absteniéndose de toda intervención que pudiera parecer de interés ó favor personales durante los 27 años que ha presidido esta Corporación. Este espíritu de devoción y de dignidad moral ha informado la personalidad corporativa de la Junta. El vicepresidente señor Menéndez Pidal hizo votos para perseverar en él (sic.)⁹⁹.



Portada de la sección paramédica de la Gaceta Médica Española tras la muerte de Cajal [Gaceta Médica Española, 98, nov. 1934]

NOTAS

1. El autor forma parte del proyecto de investigación «Espacio público y culturas políticas en la España contemporánea» (Referencia HUM2005-04651), dirigido por el Dr. Carlos Forcadell (Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América de la Universidad de Zaragoza).
2. Fragmento de un artículo aparecido en *Nuevo Mundo* en 20 de abril de 1917. Reproducido en LÓPEZ PIÑERO, J. M. (2006) *Santiago Ramón y Cajal*, Valencia, PUV, pág. 303.
3. «Ni la abundante bibliografía cajaliana ni la historiografía existente sobre la JAE han insistido suficientemente en la importancia que tuvo Cajal en el desenvolvimiento de esa agencia de promoción de la investigación y de las innovaciones educativas. Se ha tendido a considerar más bien que la JAE fue la obra culmen del institucionalismo krausista —tal y como sostuvo ya hace tiempo M^a Dolores Gómez Molleda [GÓMEZ MOLLEDA, M^a. D. (1981) *Los reformadores de la España contemporánea*. Madrid, CSIC, 1^a edición 1966]—, y que en su génesis y desarrollo tuvieron un papel protagonista y fundamental la tríada intergeneracional formada por el abuelo Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), el pedagogo Manuel Bartolomé Cossío (1857-1935), y el catedrático de Derecho Romano y gran administrador y reformador de la educación española, el manchego cosmopolita José Castillejo (1877-1945)» [LÓPEZ-OCÓN CABRERA, L. (2007) «Enseñar a investigar: la influencia de Cajal en los laboratorios de la JAE». *Revista de Educación, Número extraordinario 2007*, 67-90].
4. Con respecto a esto, Rodríguez Quiroga afirmó que: «Su excepcional prestigio científico permitiría que cristalizaran en torno suyo varias instituciones» y, a su vez, que su «proyecto de política científica y universitaria» alcanzara un «amplio eco» en la sociedad del momento RODRÍGUEZ QUIROGA, A. (1998) «El pensamiento regeneracionista de Santiago Ramón y Cajal». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, II^a Época*, 32-33 (diciembre), 77-95].
5. En esa dirección apunta Sánchez Ron, quien afirma que Cajal «no fue (...) una mera figura decorativa» del complejo científico de la Junta [SÁNCHEZ RON, J. M. (2006) «Ciencia y Estado según Santiago Ramón y Cajal». En: J.C. Mainer (ed.) *Cajal una reflexión sobre el papel social de la ciencia*, Zaragoza, I. F. C., 13-40].
6. Esta denominación fue popularizada por SOLANA, J. (1981) «Protagonistas de la ciencia». *Revista de Occidente*, 7-8, (noviembre), 155-173. En este famoso artículo se vincula la creación de la JAE a la «angustiosa llamada de Ramón y Cajal» a la regeneración del país a través de la ciencia.
7. El propio Cajal afirmó que «llegar a la Universidad Central» era el «ideal de todo catedrático de provincias». De hecho, para él: «Ser catedrático de la Central constituía entonces la única esperanza de satisfacer, con cierta holgura mis aficiones hacia la investigación y de aumentar mis recursos, harto mermados con los incesantes gastos de laboratorio y de suscripciones a revistas, amén del sostén de numerosa familia» [RAMÓN Y CAJAL, S. (2006) *Recuerdos de mi vida*. «Clásicos de la ciencia y la tecnología», 5. Barcelona, Crítica, p. 477. Edición de Juan Fernández Santarén].

8. Cajal relató como fue agasajado tras ganar las oposiciones. *Ibidem*, pp. 47ss.
9. Ciertamente es que en el «rincón provinciano», como Cajal denominó al resto del territorio nacional, ya había participado en tertulias, como la de «la Pajarera» en Barcelona. *Ibidem*, pp. 47ss.
10. Así lo explicó Cajal: «Allí, naturalmente, repercutió clamorosamente la literatura de la regeneración; se recogieron firmas para el célebre manifiesto de Costa y encontró alientos para su noble campaña el apóstol de la europeización española». *Ibidem*, pp. 495ss.
11. En 1894, Cajal formó parte del «tribunal que juzgó la tesis doctoral de Pío Baroja». Citado en GRANJEL, L. S. (1960) *Baroja y otras figuras del 98*. Madrid, Ediciones Guadarrama, p. 230.
12. Véase RAMÓN Y CAJAL [2006, pp. 50ss]. En 25 de marzo de 1909 dicha institución reconoció oficialmente la importancia de sus investigaciones neurológicas y le eligió como miembro extranjero. Véase Archivo de la Royal Society of London, ref. EC/1909/04. Esta información se puede consultar a través de la página web <http://royalsociety.org/>.
13. SÁNCHEZ RON, J. M. (2006) «Ciencia y Estado según Santiago Ramón y Cajal». En: J. C. Mainer (ed.), *Op. Cit.*, pp. 13-40.
14. Según Fernando Solsona, Cajal fue miembro también de la Real Academia de la Lengua (1905), pero no pronunció su discurso de ingreso. Citado en SOLSONA, F. (2003) «Presentación». En: *Discursos leídos ante la Real Academia de Medicina en la Recepción pública de Don Santiago Ramón y Cajal el día 30 de junio de 1907*. Zaragoza, Gobierno de Aragón.
15. Sobre la larga vida de esta obra véase LÓPEZ PIÑERO [2006, pp. 298ss].
16. El profesor Alfredo Baratas sostiene que es «relevante» que «no haga consideraciones sobre la ciencia en España y su fomento» en el citado discurso. Más aún, si tenemos en cuenta que esas opiniones aparecen en la tercera edición (1913). BARATAS DÍAZ, A. (2006) «Santiago Ramón y Cajal y su escuela: paradigma del desarrollo científico español del primer tercio del siglo XX». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II.ª Época, 63-64 (diciembre), 175-188.
17. En 1897, Antonio Cánovas del Castillo era asesinado en el balneario de Santa Águeda (Guipúzcoa) por el anarquista italiano Angiolillo, quien protagonizó uno de los magnicidios más pintorescos de la época. Una descripción de los hechos la encontramos en ÁLVAREZ JUNCO [1990, p. 164].
18. Carlos Serrano entendía el 98 como «el desmoronamiento de un consenso, del pacto que unía toda una serie de grupos sociales distintos en torno a unos objetivos mínimos comunes». Como consecuencia de esa ruptura tendrá lugar en España «una crisis del Poder». SERRANO, C. (1991) «Crisis e ideología en la Restauración». En: García Delgado (ed.) *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio. VII Coloquio de Historia Contemporánea de España*. Madrid, Siglo XXI, pp. 181-189.
19. SÁNCHEZ ILLÁN, J. C. (2002) *La nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*. Madrid, Biblioteca Nueva, p. 33.
20. Artículo de Ramón y Cajal publicado en *El Liberal*, miércoles 26 de octubre de 1898, p. 2.

21. Carlos Serrano nos recuerda lo que escribió Pablo de Alzola y Minondo, «ingeniero y portavoz habitual de la burguesía industrial vasca», en 1899: «España necesita dos cosas esenciales si ha de reconstruirse: *Celebrar los funerales de D. Quijote de la Mancha aventando sus cenizas* y adoptar como lema de su regeneración el apotegma de que *Es preciso ser fuertes* persiguiendo este fin primordial en un largo período de orden, de paz, de recogimiento, de moralidad y de trabajo que acreciente el patrimonio nacional hasta alcanzar la riqueza y el saber, bases imprescindibles para la fortaleza de las naciones» en *Las obras públicas en España. Estudio histórico*, Bilbao, 1899; fragmento reproducido por SERRANO, C. (1991) «Los intelectuales en 1900: ¿Ensayo general?». En: S. Salañ y C. Serrano (eds.) *1900 en España*. Madrid, Espasa Calpe, pp. 85-106.
22. Artículo de Cajal publicado en *El Liberal*, el miércoles 26 de octubre de 1898, portada y página 2.
23. Carlos Serrano defendía que los intelectuales «se imponen la tarea de representar no a una opinión endeble sino a un pueblo informe al que precisamente quieren dar forma». Véase SERRANO [1991b, pp. 85-106].
24. «En los años ochenta y noventa del siglo XIX, y más aún en los primeros decenios del siglo XX, es cuando empiezan a intervenir en el debate público y sobre temas generales aquellos que ostentan una capacidad reconocida y sancionada por un título académico o profesional, sobre el que pretenden asentar su autoridad. Ingenieros, agrónomos, geógrafos, notarios, etc., abastecen las huestes del regeneracionismo...». Véase SERRANO [2000, pp. 11-23].
25. Este es el título de una de las obras más conocidas del geólogo oscense Lucas Mallada (1841-1921). Para un análisis de la vida y la producción científica de este aragonés véase CALVO ROY [2005].
26. MAINER, J.C. (2006) «Científicos e intelectuales: El nacimiento de la opinión nacional». En: Mainer (ed.) *Cajal: una reflexión sobre el papel social de la ciencia*, Zaragoza, IFC., pp. 55-68. En esa misma dirección, véase STORM [2002, pp. 39-55].
27. Como señala Santos Juliá, el literato, el erudito o el científico «se percibe entonces a sí mismo como intelectual con una misión específica ante la masa y frente al Estado, culpable de tan lamentable situación». JULIÁ, S. (1997) «Protesta, liga y partido: tres maneras de ser intelectual». *Ayer*, 28, 161-192.
28. PESET, J.L., y HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1994) «Instituciones científicas y educativas». En: *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*. Madrid, Espasa Calpe, Tomo XXXIX, Vol. 2, pp. 545-580.
29. Alfredo Baratas defiende que «el cambio de siglo determinó un aumento de la presencia de los científicos en medios sociales e intelectuales» [BARATAS DÍAZ, 2006, pp. 175-188].
30. Según, Vicente Cacho el ensayo «responde a un afán de sugestión que mueve a nuestros intelectuales, deseosos de comunicarse con un público lo más amplio posible; y a la vez, refleja una creciente aspiración estética respecto de la propia obra, huyendo de los moldes tradicionales del artículo erudito o del tratado académico» [CACHO VIU, V. (1997) *Repensar el noventa y ocho*. Madrid, Biblioteca Nueva, p. 14].

31. Juan Marichal fijó «el comienzo de la actividad política de los intelectuales en España como grupo social definido» en el otoño de 1909. Este autor consideró el caso Ferrer i Guardia como el inicio de dicha actividad, que más adelante se concretó en una generación formada en torno a la figura de Ortega y Gasset [MARICHAL, J. (1995) *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*. Madrid, Taurus, pp. 175ss].
32. Un ejemplo de esto lo tenemos en la campaña por la liberación de los presos anarquistas de Montjuich, que algunos han interpretado como el nacimiento de los intelectuales en España. Como deja entrever Pérez de la Dehesa, la mayoría de los intelectuales que intervinieron (como Unamuno quien intercedió ante Cánovas para salvar a su amigo y compañero Corominas) lo hicieron porque tenían alguna conexión con los detenidos o con sus ideas. Un pequeño resumen de lo que allí aconteció lo tenemos en PÉREZ DE LA DEHESA, R. (1970) «Los escritores españoles ante el proceso de Montjuich». En: C.H. Magis (ed.) *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanista*. México, Edita Colegio de México, pp. 685-694. Otro caso precedente fue la expulsión de profesores de la Universidad durante lo que se han llamado las cuestiones universitarias. Los apoyos que tuvieron aquellos educadores provinieron en su mayoría de compañeros suyos, alumnos, amigos o correligionarios políticos. Para más información sobre las cuestiones universitarias, véase RUPÉREZ [1975].
33. La verdad es que la historiografía aún no ha dado una definición satisfactoria del término. Tal vez, porque, como comentan los autores de la siguiente descripción, el factor individual impide la generalización. Aun así, caracterizan al intelectual como «un hombre de lo cultural, creador o mediador, colocado en la situación de hombre de lo político, productor o consumidor de ideología. Ni una mera categoría profesional, ni un mero personaje irreductible. Se tratará de un estatus, como en la definición sociológica, pero trascendido por una voluntad individual, como en la definición ética, y orientado a un uso colectivo» [ORY, P. y SIRINELLI, J. F. (2007) *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia, PUV, p. 21].
34. Como ha señalado el profesor Mainer, Cajal vivió «en la coyuntura que engarzaba (y diferenciaba) al sabio decimonónico y al intelectual moderno, al patriota y al nacionalista, al soñador radical de abolengo romántico y al hombre consciente de toda la complejidad de la vida social». En cierta forma, la figura de Cajal enlazaba una época con otra, es decir, concepciones distintas de las funciones sociales de la elite cultural española. Por ello, «el nombre y la obra de Santiago Ramón y Cajal ocuparán también un lugar de excepción cuando se escriba la historia de los intelectuales españoles de la edad contemporánea». MAINER [2006, pp. 55-68].
35. Un ejemplo de este cambio lo tenemos en la campaña que un grupo de intelectuales (Baroja, Azorín, Maeztu, Pérez Ayala, etc.) emprendió «contra la constitución del gobierno liberal de Eugenio Montero Ríos». Como señala Sánchez Illán, el mitin proyectado para continuar con esta protesta, en el cual debían intervenir Cajal y Costa, «se frustró, finalmente, por la fría acogida de las personalidades a quien se había requerido su colaboración». Véase SÁNCHEZ ILLÁN [2002, p. 60].

36. En la exposición que hace el Conde de Romanones al Real Decreto del 18 de julio de 1901, se pone como ejemplo a las «Naciones más cultas» o «Naciones sabias» de Europa. *Gaceta de Madrid*, Sábado 20 de julio de 1901.
37. *El Liberal*, miércoles 26 de octubre de 1898, p. 2.
38. *Ibidem*.
39. Cossío y Giner, que conocieron los efectos de las medidas pedagógicas aplicadas por Japón en la Conferencia Internacional de Educación de Londres (1884), reclamaron, como señala Cacho Viu, la «japonización de España» en muchos de sus escritos. Citado en CACHO VIU, V. (1988) «La Junta para Ampliación de Estudios entre la Institución Libre de Enseñanza y al generación de 1914». En: J.M. Sánchez Ron (ed.) *La Junta Para Ampliación de Estudios e Investigaciones científicas 80 años después, 1907-1987*. Madrid, CSIC, Volumen II, pp. 3-26.
40. Así, por ejemplo, el artículo de Cajal aparecido en *El Liberal*, poco después fue reproducido en el *Heraldo de Aragón*. En este último diario, en 1 de enero de 1899 se publicó un artículo del histólogo, en el cual se analizaban algunas de las causas de la situación española, de los problemas con los que había que enfrentarse y de las posibles soluciones. Mainer analizó brevemente el contenido de ese texto. Véase MAINER [2006, pp. 55-68].
41. J. M. Sánchez Ron hace referencia a una intervención de Eduardo Vicente, el cual fue diputado y, posteriormente, vocal de la JAE, en 23 de junio de 1899. Véase MAINER [2006, pp. 13-40].
42. Carta de S. Ramón y Cajal a Joaquín Costa [COSTA, 1982, Vol. 2, pp. 310-313].
43. *Ibidem*.
44. RAMÓN Y CAJAL [2006, pp. 57ss].
45. LÓPEZ PIÑERO [2006, p. 317].
46. Así terminó su intervención Federico Olóriz en la recepción de Ramón y Cajal en la Real Academia de Medicina [*Discursos leídos ante la Real Academia de Medicina en la Recepción pública de Don Santiago Ramón y Cajal el días 30 de junio de 1907*. Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2003, p. 85].
47. Concedida por R. O. de 20 de junio de 1902. *Gaceta de Madrid*, 21 de junio de 1902, p. 1226.
48. *Alma Española*, (Madrid), nº 2, 15 de noviembre de 1903, pp. 7-8. Eran nueve los personajes considerados «Celebidades españolas» (Ramón y Cajal, Costa, Pradilla, Echegaray, Menéndez Pelayo, Benot, Villegas, Valera y Giner de los Ríos) y la popularidad de ninguno de ellos, salvo la de Joaquín Costa, provenían principalmente de la política.
49. Citado en *Discursos leídos ante la Real Academia de Medicina en la Recepción pública de Don Santiago Ramón y Cajal el días 30 de junio de 1907*. Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2003, p. 57.
50. Como señala López-Ocón, «la concesión de ese galardón fue visto por los coetáneos como la prueba más evidente de que el programa regeneracionista de Cajal, basado en la fuerza de la voluntad forjada en el laboratorio, podía ser viable» [LÓPEZ-OCÓN CABRERA, L. (2003) *Breve historia de la ciencia española.*, Madrid, Alianza

Editorial, p. 342]. La avalancha de honores y agasajos recibidos tras la concesión del premio Nobel fueron relatados posteriormente por el ya famoso científico: «Telegramas de felicitación; cartas y mensajes congratulatorios; homenajes de alumnos y profesores; diplomas conmemorativos; nombramientos honoríficos de Corporaciones científicas y literarias; calles bautizadas con mi nombre en ciudades y hasta en villorrios; chocolates, anisetes y otras pócimas dudosamente higiénicas, rotuladas con mi apellido; ofertas de pingüe participación en empresas arriesgadas o quiméricas» [RAMÓN Y CAJAL, 2006, p. 654].

51. En esta dirección apunta Richard Sennett, que analiza este concepto como algo relativo a las emociones. De hecho, para él, la autoridad «es la expresión emocional del poder» [SENNETT, R. (1982) *La autoridad*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 11ss].
52. El «carisma» o la «gracia» (dependiendo de la traducción del alemán) era para Max Weber uno de los tres tipos de legitimidad de la autoridad [WEBER, 1992, pp. 95ss].
53. LEWY, E. (1987) *Santiago Ramón y Cajal*. Madrid, CSIC, pp. 109ss. Por R. O. de 21 de febrero de 1902 fue nombrado, nuevamente, consejero de Instrucción Pública con destino a la sección tercera. Citado en *Gaceta de Madrid* de 27 de febrero de 1902, p. 862.
54. Cajal realizó un informe en el cual planteaba las posibles reformas que se podían llevar a cabo en la carrera de Medicina, atendiendo a los métodos empleados para estas enseñanzas en otros países. Este escrito, que fue un encargo ministerial, se tituló *Apuntes para un plan de reforma de la enseñanza de las Facultades de Medicina*.
55. En la sesión extraordinaria del Claustro de 6 de diciembre de 1908, Cajal fue designado senador por la Universidad Central de Madrid. De los 137 electores que participaron en esa elección, le votaron 133 y hubo 4 papeletas en blanco. (Copia certificada del Acta electoral de la Universidad de Madrid). Después de esta decisión unánime, Cajal representó a la Universidad como senador durante la legislatura 1908-1909 [Archivo del Senado español. Expediente personal del Senador D. Santiago Ramón, por la Universidad Central de Madrid y vitalicio. Signatura: HIS-0363-08. Esta información también se puede consultar a través de <http://www.senado.es/>].
56. Fue nombrado senador vitalicio por R. D. De 14 de febrero de 1910, siendo presidente del Consejo de Ministros José Canalejas [Archivo del Senado español. Signatura: HIS-0363-08].
57. Cajal defendió el modelo universitario alemán, pero, como señala Elena Hernández Sandoica, también se mostró partidario de un «híbrido inexistente» entre dicho modelo y el espíritu universitario inglés. Así dice esta autora: «Pero —como Cajal y Giner detectaron a la perfección antes que otros compatriotas suyos— la Universidad inglesa se había revelado extraordinariamente eficaz desde el punto de vista de la formación del carácter colectivo de las elites profesionales. Eran proverbiales, así, entre nuestros reformadores de la enseñanza, el interés por la búsqueda e investigación individuales fomentadas en el joven estudiante inglés, a la vez que el refuerzo institucional de su solidaridad de grupo» [HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1991) «Cambios y resistencias al cambio en la Universidad española (1875-1931)». En: García Delgado (ed.) *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio. VII Coloquio de Historia Contemporánea de España*. Madrid, Siglo XXI, pp. 3-23].

58. Véase RAMÓN Y CAJAL [2006, pp. 664-665].
59. Enriqueta Lewy, la secretaria personal del primer presidente de la JAE, sostuvo que Moret «escuchaba a Cajal con la máxima atención» y que fue quien «probablemente contribuyó a que las sugerencias del Maestro se plasmaran en algún organismo socio-cultural-científico que fuera presidido por él» (evidentemente se refiere a la JAE) [LEWY, 1987, p. 98]. Además, Moret eligió a Alejandro San Martín, compañero y amigo de Cajal, para el puesto rechazado por el histólogo aragonés. En sus memorias, Cajal escribió lo siguiente de esa labor ministerial: «El cultísimo profesor de San Carlos, con quien había yo intercambiado impresiones acerca de las reformas universitarias más urgentes, asumió el delicado encargo de defenderlas, sin abandonar, naturalmente, personales iniciativas, algunas acaso demasiado atrevidas (aludo, sobre todo, a la supresión indirecta de la bochornosa enseñanza libre, desconocida en el extranjero)» [RAMÓN Y CAJAL, 2006, p. 666].
60. Amalio Gimeno (que sería vocal de la JAE), Cajal y Simarro eran conocidos en los «ambientes médicos madrileños» como el «trío de valencianos», aunque ninguno había nacido allí. Citado en LÓPEZ PIÑERO [2006, p. 321].
61. A pesar de lo dicho, hay que señalar que la concesión del premio Nóbel de literatura a José Echegaray fue mal visto por los literatos españoles, que consideraban su estilo viejo y caduco. Mainer nos explica como «una de las victorias de la promoción de Baroja fue extender una capa de olvido inmisericorde sobre aquellos contemporáneos envejecidos». MAINER [1983, pp. 20ss]. No obstante dicho autor nos relata como Echegaray «conoció una notable popularidad, vinculada a su orientación liberal-progresista y reva-lidada por sus tardíos éxitos como dramaturgo» [MAINER, 2006, pp. 55-68].
62. Sánchez Ron va más allá y considera la JAEIC como «la iniciativa, en lo que educación e investigación científica se refiere, más innovadora y que más éxito obtuvo en toda la historia de España». Citado en SÁNCHEZ RON, J.M. (1988) «La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después». En: Sánchez Ron (ed.) *Op. Cit.*, Vol. I, pp. 1-61.
63. Acta de constitución de la JAE, 15 de enero de 1907. Véase SÁNCHEZ RON [1988].
64. Carta escrita por José Castillejo en 13 de diciembre de 1934. En esta misiva el secretario de la JAE transmite el pésame de dicha institución al hijo de Santiago Ramón y Cajal, Jorge Ramón Fañanas [Archivo de la Secretaría de la JAE. Caja 120/22].
65. LAPORTA, F.J.; RUIZ MIGUEL, A; ZAPATERO, V. y SOLANA, J. (1987) «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios (1ª parte)». *Arbor*, 493 (enero), 17-97.
66. Carta de 17/5/1932 enviada por Ramón y Cajal a Menéndez Pidal, Ignacio Bolívar y José Castillejo [Archivo de la Secretaría de la JAE. Caja 120/22].
67. Carta de felicitación enviada por varios miembros de la JAE (Menéndez Pidal, Bolívar y Castillejo) a Cajal en 6 de mayo de 1932, con motivo de su octogenario [Archivo de la Secretaría de la JAE. Caja 120/22].
68. LAPORTA, F.J.; RUIZ MIGUEL, A; ZAPATERO, V. y SOLANA, J. (1987) «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios (1ª parte)». *Arbor*, 493 (enero), 17-97.

69. Sin duda, la JAE es consecuencia de un consenso, en definitiva, de «un gran acuerdo entre destacados investigadores experimentales, entre los que sobresalió Cajal y todo el grupo de intelectuales y científicos krauso-institucionistas, quienes desde tiempo atrás habían trabajado para que la moral de la ciencia se convirtiese en moral colectiva dominante en el seno de la sociedad española» [LÓPEZ-OCÓN CABRERA, 2007, pp. 67-90].
70. Así quedó recogido en el preámbulo del Real Decreto fundacional al referirse a la misión que debía llevar a cabo: «necesita tener esta obra un carácter nacional, llevándose á cabo de un modo perseverante y regular por un organismo neutral que, colocado fuera de la agitación de las pasiones políticas, conserve á través de todas las mudanzas su independencia y prestigio» [R. D. de 11 de enero de 1907. *Gaceta de Madrid*, martes 15 de enero de 1907].
71. Un ejemplo de ello, lo tenemos en el artículo que escribió para *El Imparcial* acerca de «El decreto de autonomía universitaria». *El Imparcial*, domingo, 25 de mayo de 1919. Portada y p. 2.
72. Son muchos los ejemplos. Pensemos, por ejemplo, en las disputas que tuvieron lugar en alguno de sus homenajes. Tal vez, el más insólito de estos intentos lo describió Manuel Buenacasa. Durante la dictadura de Primo de Rivera, este anarquista aragonés pretendió convencer a Cajal para que se pusiera al frente de un gobierno que iba a surgir tras un golpe de estado que se estaba fraguando para instaurar la República. Buenacasa y sus compañeros deseaban formar un ejecutivo «con bastante autoridad moral para aplastar toda resistencia antirrepublicana y antiobrera». El científico aragonés era su hombre, pero éste se negó en rotundo. Para una descripción de este hecho, véase BUENACASA [1977, pp. 222-229].
73. En esa dirección apuntaba Harley Williams cuando afirmó que «en los días que fue célebre manejaba el mundo con la misma habilidad. Era liberal y agnóstico, sin embargo, la autoridad nunca le atacó por estar protegido con aureola de su personalidad». Citado en WILLIAMS, H. (1955), *Don Quijote del microscopio. Una interpretación del sabio español Santiago Ramón y Cajal (1854-1934)*. Colección literaria «Con el tiempo», 3. Madrid, Taurus, p. 213.
74. LAPORTA, F.J; RUIZ MIGUEL, A; ZAPATERO, V. y SOLANA, J. (1987) «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios (2ª parte)». *Arbor*, 499-500 (julio-agosto), 9-137.
75. Véase LAPORTA [1992, pp. 39-51].
76. Los cortos, aunque intensos, periodos de tiempo que desempeñaron el cargo de Ministro de Instrucción Pública Álvaro de Figueroa (de 9-II-1910 a 9-VI-1910), Amalio Gimeno (de 3-IV-1911 a 11-III-1912) y Santiago Alba (de 11-III-1912 a 31-XII-1912) fueron decisivos para el desarrollo del proceso anteriormente descrito. La vinculación de estos tres políticos con el proyecto reformista encarnado por la Junta fue más que evidente y se concretó en hechos. Así, durante este periodo se creó el Centro de Estudios Históricos (R. D. de 18 de marzo de 1910), la Residencia de Estudiantes (R. D. de 6 de mayo de 1910) o el Instituto de Ciencias Físico-Naturales (R. D. de 27 de mayo de 1910).

77. *El Año Político*, 1913, p. 52.
78. *Ibidem*, p. 53.
79. *Ibidem*, p. 50.
80. En el preámbulo de la memoria de la JAE de ese curso se explicaba que el «cambio de régimen político (...) produjo una suspensión temporal de algunos servicios». Además se daba cuenta del aumento de las «reglas restrictivas y la intervención de la Administración central», lo cual había provocado modificaciones en el sistema de pensiones. Sin embargo, también se afirmaba que «la labor de la Junta no ha sufrido perturbación esencial» [JAEIC, *Memoria correspondiente a los cursos 1922-3 y 1923-4*, Madrid, 1925, p. XII].
81. En el II Congreso Internacional de la JAE (celebrado en Madrid en febrero de 2008), Juan Fernández Santarén defendió en su ponencia *La relación de Cajal y la JAE, vista a través de algunos documentos inéditos* que dicho científico aragonés tuvo una reunión con Primo de Rivera en la que le persuadió para que no suprimiera la Junta. No obstante, deberemos esperar a la publicación de las actas para poder valorar el alcance de dicha afirmación.
82. En una instancia remitida a la JAE en 2 de enero de 1924, este médico aragonés explicaba como le convenció en las clases prácticas que tuvieron lugar en Zaragoza: «Hícele ver cómo en mis preparaciones, el nervio vestibular, hasta hoy unidad anatómica, aparecía constituido por 5 sistemas de axones, cada uno de los cuales, posee dentro del bulbo raquídeo su núcleo propio, perfectamente individualizable (sic.)» [Archivo de la Secretaría de la JAE. Caja 88/335]. Además, Lorente de Nó realizó alguna crónica de las conferencias para *Heraldo de Aragón*. Ver ejemplar de dicho periódico del domingo 9 de diciembre de 1923.
83. Al día siguiente los periódicos madrileños (*El Sol*, *ABC*, *El Liberal*, etc.) se hicieron eco de la noticia, que también recogió *Heraldo de Aragón* en su edición de 23 de diciembre de 1923.
84. En sesión de 12 de enero de 1924, podemos leer lo siguiente en las actas de la JAE: «A propuesta del señor Cajal y teniendo en cuenta las especiales circunstancias que concurren en el caso, se acordó proponer la concesión de pensión a favor de D. Rafael Lorente de Nó, para que pueda realizar en Suecia, durante un año, estudios de Otología con el Dr. Bárány, y facultándole para que pueda detenerse al hacer su viaje de ida en Alemania y Holanda para visitar los Laboratorios dedicados a la misma índole de estudios. La cuantía de la pensión será de 1300 pesetas en el primero y último mes de la pensión y de 800 pesetas en los restantes. El Doctor Bárány al visitar recientemente el Instituto Cajal estimó que los trabajos que en este realiza el Sr. Lorente constituyen el complemento de los suyos, e invitó al Dr. Lorente a trasladarse a la Universidad de Upsala, para continuar allí su colaboración con el los referidos estudios» [Archivo de la Secretaría de la JAE, *Libro de Actas de la Junta Plenaria*, IV (1923-1927), p. 29].
85. Así lo recogían las actas de la Junta Plenaria: «A propuesta del señor Cajal y teniendo en cuenta las especiales circunstancias que concurren en el caso, se acordó proponer

- la concesión de pensión a favor de D. Rafael Lorente de Nó, para que pueda realizar en Suecia, durante un año, estudios de Otología con el Dr. Bárany, y facultándole para que pueda detenerse al hacer su viaje de ida en Alemania y Holanda para visitar los Laboratorios dedicados a la misma índole de estudios. La cuantía de la pensión será de 1300 pesetas en el primero y último mes de la pensión y de 800 pesetas en los restantes. El Doctor Bárany al visitar recientemente el Instituto Cajal estimó que los trabajos que en este realiza el Sr. Lorente constituyen el complemento de los suyos, e invitó al Dr. Lorente a trasladarse a la Universidad de Upsala, para continuar allí su colaboración con el los referidos estudios» [Archivo de la Secretaría de la JAE, *Libro de Actas de la Junta Plenaria*, IV (1923-1927), p. 29, Sesión de 12 de enero de 1924].
86. Cartas, datadas en junio-julio de 1930, entre Cajal y Lorente de Nó. Reproducidas en RODRÍGUEZ QUIROGA, A. (2002) «Sobre las investigaciones neurofisiológicas de la escuela histológica cajaliana: la correspondencia entre Santiago Ramón y Cajal y Rafael Lorente de Nó (1930-1934)». *DYNAMIS*, 22, 411-435.
87. J.M. Sánchez Ron reprodujo una de las cartas que Cajal remitió a Castillejo planteándole un plan de actuación ante el acoso gubernamental. Véase MAINER [2006, pp. 13-40].
88. Parece indiscutible el influjo de los institucionistas y, principalmente, de Giner de los Ríos, quien es considerado por muchos autores como «el telón de fondo de la creación de la JAE». LAPORTA, F.J.; RUIZ MIGUEL, A.; ZAPATERO, V. y SOLANA, J. (1987) «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios (1ª parte)». *Arbor*, 493 (enero), 17-97.
89. SÁNCHEZ RON, J.M. [1988, Vol. 1, pp. 1-61].
90. Dicho Decreto de 24 de mayo de 1926 decía así: «La convocatoria de la Junta es función de su Presidente y como surge la duda de si, después de las últimas disposiciones, continúa el que lo desempeña investido de tal cargo, cabe resolverla afirmativamente, sin merma en las atribuciones de los Vocales, sino interpretando la que es seguramente su opinión unánime, ya que nadie con mejores ni aun iguales títulos para presidir tan importante organismo, que el sabio insigne, de universal nombradía, gloria de la raza, que venía ejerciendo la Presidencia, S. M. el Rey (q. D. g.) se ha servido disponer: 1º Que sin necesidad de nueva elección, continúe ejerciendo el cargo de Presidente de la expresada Junta D. Santiago Ramón y Cajal que lo desempeñaba». [*Gaceta de Madrid* de 25 de mayo de 1926, N° 141, p. 1105].
91. En una carta dirigida a Castillejo, Ribera describe la relación de los miembros del tribunal con el opositor ganador. Así dice: «Severino Aznar ha sido condiscípulo, durante toda la carrera, de Asín y Gómez, y amigo íntimo y fraternal de estos y de Ibarra hace más de veinticinco años» [Archivo de la Secretaría de la JAE, Caja 122/151].
92. En un resumen del trabajo de investigación dirigido por Laporta, se reproduce una descripción del proceso opositor que, según estos autores, apareció en un periódico madrileño, aunque no pudieron precisar en cual de ellos. Sin embargo, en el dorso de la última hoja de dicho escrito, que se encuentra en el Archivo de la Secretaría de la JAE, se puede leer la siguiente frase a lápiz: «No darle esta nota a nadie». Esta circunstancia y la dureza de las palabras del citado relato, nos hace dudar que fuera

- publicado. Sea como fuere, lo cierto es que esos mismos autores nos hablan de distintas protestas aparecidas en la revista *España* o en el periódico *El Sol*, que seguramente fueron el origen del enfrentamiento [LAPORTA, F.J.; RUIZ MIGUEL, A.; ZAPATERO, V. y SOLANA, J. (1987) «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios (1ª parte)». *Arbor*, 493 (enero), 17-97. Ver también Archivo de la Secretaría de la JAE, Caja 122/151].
93. Ésta, fechada en 1 de octubre de 1916, parece que fue la primera noticia que tuvo Cajal sobre el conflicto. Así empezaba: «Respetado presidente y querido amigo/ Hechos que tal vez fuera inconveniente o enojo referir (y de que están informados algunos señores de esa Junta, especialmente el Sr. Secretario) me han obligado a presentar mi renuncia de vocal» [Archivo de la Secretaría de la JAE, Caja 122/151].
94. Archivo de la Secretaría de la JAE, *Libro de Actas de la Junta Plenaria*, nº II (1913-1918), p. 127.
95. Archivo de la Secretaría de la JAE, Caja 122/151.
96. Julián Ribera solicitó información a Castillejo sobre todo lo que se había hablado sobre él en las distintas comisiones de la Junta [Archivo de la Secretaría de la JAE, Caja 122/151].
97. La dimisión la seguimos a través de las actas. Así: «El Sr. Azcárate manifestó que cumpliendo el encargo tomado en la sesión anterior, y en unión de los Sres. Menéndez Pidal y Carracido, había visto al Sr. Ribera y Tarragó encareciéndole el interés de la Junta en seguir contando con su cooperación y habían conseguido que el Sr. Ribera acceda a retirar su dimisión. Se acordó que conste en acta el agrado con que la Junta ve la decisión del Sr. Ribera y comunicarla al Ministro en contestación al oficio que se ha recibido pidiendo la propuesta para cubrir la vacante» En sesión del 18 de diciembre de 1917 «se dio cuenta de una R. O. fecha de 20 de noviembre último, aparecida en el «Boletín Oficial» del Ministerio de Instrucción Pública nº 96, aceptando la dimisión del cargo de vocal de la Junta presentada en el Ministerio por Julián Ribera y Tarragó, y se acordó que contara en acta el sentimiento de la Junta al verse privada de la cooperación del Sr. Ribera. Igualmente se dio cuenta de haber enviado al Ministerio, en 14 de Noviembre último, la rectificación del anuncio de los cursos del Centro, en donde figuraban los Sres. Asín y Ribera como encargados de secciones, rectificación que fue pedida al Presidente de la Junta por dichos señores». En sesión del 16 de marzo de 1918, la JAE «procedió a la elección de dos plazas vacantes de vocales de esta Junta, producidas por fallecimiento de D. Gumersindo de Azcárate y por dimisión de D. Julián Ribera. Se acordó, por unanimidad, proponer para la vacante del Sr. Azcárate a D. Luis Marichalar y Monreal, Vizconde de Era, Diputado a Cortes, y para la vacante de D. Julián Ribera, a D. Agosto Pi Suñer, Catedrático y Diputado a Cortes» [Archivo de la Secretaría de la JAE, *Libro de Actas de la Junta Plenaria*, nº II (1913-1918), pp. 127, 129, 178, 179 y 189].
98. SÁNCHEZ RON [1999, pp. 195-197].
99. Archivo de la Secretaría de la JAE, *Libro de Actas de la Junta Plenaria VII (1932-1934)*, pp. 278-279, Sesión de 6 de noviembre de 1934.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ JUNCO, J. (1990) *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Madrid, Alianza Editorial.
- BARATAS DÍAZ, A. (2006) «Santiago Ramón y Cajal y su escuela: paradigma del desarrollo científico español del primer tercio del siglo XX». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, II.ª Época*, 63-64 (diciembre), 175-188.
- BUENACASA, M. (1977) *El movimiento obrero español (1886-1926)*. *Historia y Crítica*. Madrid, Ediciones Júcar.
- CACHO VIU, V. (1997) *Repensar el noventa y ocho*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- CALVO ROY, A. (2005) *Lucas Mallada (1841-1921). Un geólogo preocupado por España*. Huesca, Gobierno de Aragón.
- COSTA, J. (1982) *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla. Tomo II. Informes y testimonios*. Zaragoza, Guara Editorial.
- GRANJEL, L. S. (1960) *Baroja y otras figuras del 98*. Madrid, Ediciones Guadarrama.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1991) «Cambios y resistencias al cambio en la Universidad española (1875-1931)». En: García Delgado (ed.) *España entre dos siglos (1875-1931)*. *Continuidad y cambio. VII Coloquio de Historia Contemporánea de España*. Madrid, Siglo XXI, 3-23.
- JULIÁ, S. (1997) «Protesta, liga y partido: tres maneras de ser intelectual». *Ayer*, 28, 161-192.
- LAPORTA, F.J; RUIZ MIGUEL, A; ZAPATERO, V. y SOLANA, J. (1987) «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios (1ª parte)». *Arbor*, 493 (enero), 17-97.
- LAPORTA, F.J; RUIZ MIGUEL, A; ZAPATERO, V. y SOLANA, J. (1987) «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios (2ª parte)». *Arbor*, 499-500 (julio-agosto), 9-137.
- LAPORTA, F. (1992) «La Junta para Ampliación de Estudios: Primeras Fatigas». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, IIª Época*, 14, 39-51.
- LEWY, E. (1987) *Santiago Ramón y Cajal*. Madrid, CSIC.
- LÓPEZ-OCÓN CABRERA, L. (2003) *Breve historia de la ciencia español*. Madrid, Alianza Editorial.
- LÓPEZ-OCÓN CABRERA, L. (2007) «Enseñar a investigar: la influencia de Cajal en los laboratorios de la JAE». *Revista de Educación, Número extraordinario 2007*, 67-90.
- LÓPEZ PIÑERO, J.M. TERRADA FERRANDIS, M.L. y RODRÍGUEZ QUIROGA, A. (2000) *Bibliografía Cajaliana. Ediciones de los escritos de Santiago Ramón y Cajal y sus estudios sobre su vida y obra*. Valencia, Albatros.

- LÓPEZ PIÑERO, J.M. (2006) *Santiago Ramón y Cajal*. Valencia, PUV.
- MAINER, J.C. (1983) *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid, Cátedra.
- MAINER, J.C. (2006) *Cajal: una reflexión sobre el papel social de la ciencia*. Zaragoza, IFC.
- MARICHAL, J. (1995) *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*. Madrid, Taurus.
- ORY, P. y SIRINELLI, J. F. (2007) *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia, PUV. Traducción a cargo de Evelio Miñano de *Les Intellectuels en France. De l'affaire Dreyfus à nos jours*, 1ª edición de 1986.
- PÉREZ DE LA DEHESA, R. (1970) «Los escritores españoles ante el proceso de Montjuich». En: C.H. Magis (ed.) *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanista*. México, Edita Colegio de México, 685-694.
- PESET, J.L., y HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1994) «Instituciones científicas y educativas». En: *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*. Madrid, Espasa Calpe, Tomo XXXIX, Vol. 2, 545-580.
- RAMÓN Y CAJAL, S. (2006): *Recuerdos de mi vida*. «Clásicos de la ciencia y la tecnología», 5. Barcelona, Crítica. Edición de Juan Fernández Santarén.
- RODRÍGUEZ QUIROGA, A. (1998) «El pensamiento regeneracionista de Santiago Ramón y Cajal». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, IIª Época*, 32-33 (diciembre), 77-95.
- RODRÍGUEZ QUIROGA, A. (2002) «Sobre las investigaciones neurofisiológicas de la escuela histológica cajaliana: la correspondencia entre Santiago Ramón y Cajal y Rafael Lorente de Nó (1930-1934)». *DYNAMIS*, 22, 411-435.
- RUPÉREZ, Paloma (1975) *La cuestión universitaria y la noche de San Daniel*. Madrid, Edicusa.
- SÁNCHEZ ILLÁN, J.C. (2002) *La nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- SÁNCHEZ RON, J.M. (ed.) *La Junta Para Ampliación de Estudios e Investigaciones científicas 80 años después, 1907-1987*. Madrid, CSIC, 1988.
- SÁNCHEZ RON, J. M. (1999) *Cinzel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)*. «Colección Pensamiento», 13. 1ª edición, Madrid, Taurus.
- SENNETT, R. (1982) *La autoridad*. Madrid, Alianza Editorial.
- SERRANO, C. (1991a) «Crisis e ideología en la Restauración». En: García Delgado (ed.) *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio. VII Coloquio de Historia Contemporánea de España*. Madrid, Siglo XXI, 181-189.
- SERRANO, C. (1991b) «Los intelectuales en 1900: ¿Ensayo general?». En: S. Salaün y C. Serrano (eds.) *1900 en España*. Madrid, Espasa Calpe, 85-106.

- SERRANO, C. (2000) «El nacimiento de los intelectuales: algunos replanteamientos». *Ayer*, 40, 11-23.
- SOLANA, J. (1981) «Protagonistas de la ciencia». *Revista de Occidente*, 7-8, (noviembre), 155-173.
- SOLSONA, F. (ed.) *Discursos leídos ante la Real Academia de Medicina en la Recepción pública de Don Santiago Ramón y Cajal el día 30 de junio de 1907*. Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2003.
- STORM, E. (2002) «Los guías de la nación. El nacimiento del intelectual en su contexto internacional». *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, 8(2), 39-55.
- WEBER, M. (1992) *La ciencia como profesión/La política como profesión*. Madrid, Espasa Calpe. Edición y traducción de Joaquín Abellán.
- WILLIAMS, H. (1955), *Don Quijote del microscopio. Una interpretación del sabio español Santiago Ramón y Cajal (1854-1934)*. Colección literaria «Con el tiempo», 3. Madrid, Taurus, 1ª edición. El título original era *Don Quixote of the Microscope*, que fue publicada en Inglaterra por Jonathan Cape. La versión española fue preparada por Palmira Abelló.